

Myrtia, nº 25, 2010, pp. 207-241

EPISODIOS DE LA MONARQUÍA ROMANA EN ALGUNOS ROMANCES
DEL *CORO FEBEO* DE JUAN DE LA CUEVA*

JUAN LUIS ARCAZ POZO
Universidad Complutense de Madrid**

Resumen. El presente trabajo analiza el tratamiento que reciben tres episodios relativos a los reinados de Tulo Hostilio, Tarquinio Prisco y Servio Tulio, según la narración historiográfica de Tito Livio, en otros tantos romances del *Coro febeo* de Juan de la Cueva publicado en Sevilla en 1588.

Summary. This study analyzes the treatment they receive three episodes on the reigns of Tullus Hostilius, Tarquinius Priscus and Servius Tullius, in the historiographical narrative of Titus Livius, in as many ballads of the Juan de la Cueva's *Coro febeo* published in Seville in 1588.

Palabras Clave: Tito Livio. Monarquía romana. Juan de la Cueva. Tradición clásica.

Keywords: Titus Livius. Roman Kingdom. Juan de la Cueva. Classical Tradition.

Fecha de recepción: 3 -III- 2010.

Una buena parte de los romances de contenido histórico que Juan de la Cueva incluye en su *Coro febeo de romances historiales* –obra publicada en Sevilla en 1588 y cuya calidad literaria ha sido denostada con dureza¹– están relacionados

* Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación FFI2008-05658/FILO, financiado por el Ministerio de Educación y dirigido por el Dr. V. Cristóbal López.

** **Dirección para correspondencia:** Departamento de Filología latina, Facultad de Filología, Edificio A, Ciudad Universitaria, Universidad Complutense, E-28040 Madrid. E-mail: arcaz@filol.ucm.es.

¹ La calidad literaria de los romances de Juan de la Cueva, habitualmente puesta en entredicho, es quizá la cuestión en la que más se ha incidido en los juicios críticos vertidos sobre el *Coro febeo* (una síntesis de las más duras opiniones sobre esta cuestión puede verse en R.J. Gallé Cejudo, “La historia de Pantea en cuatro romances de Juan de la Cueva”, *Myrtia* 17 [2002] 255-296, esp. pp. 265-268). Por resumir, hemos de decir que el poco valor de estos poemas, en su conjunto, ha sido puesto de manifiesto, p.e., por B.J. Gallardo (*Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid 1968 (=1866), vol. II, col. 639: “Invención, metro,

con el pasado de Roma y notablemente cercanos, en cuanto al vínculo que puede establecerse entre estas recreaciones y su fuente de información, al relato historiográfico de Tito Livio. Y aunque el poeta sevillano atiende a varios asuntos que abarcan la práctica totalidad de la historia romana, es del libro I de *Ab urbe condita* de donde comparativamente saca una importante y significativa porción de la materia que versifica. Es claro que la naturaleza entre histórico y legendaria de este período de Roma le ofrecía al autor un buen terreno para operar sobre la historia de acuerdo al modo de obrar característico de los poetas de romancero, simplificando o glosando todo aquello que por su patetismo o poeticidad podía resultar de especial interés para los lectores².

Con relación a los datos sobre el pasado legendario de Roma insertos en la obra de Livio, Juan de la Cueva incluye en el primer *Coro febeo*³ seis romances que

lenguaje, todo es detestable en los romances de Cueva [...] apenas se trasluce un rasgo siquiera que tenga visos de poético [...] son prosaicos, flojos y sin colorido”), J.M^a de Cossío (*Fábulas mitológicas en España*, Madrid 1952, p. 146: “Como logro poético son de lo más débil y desmayado de su autor [...]. El romance en sus manos suele arrastrarse lánguido y sin vigor, dilatarse por dificultad de expresión rápida y eficaz, y deslustrarse por la falta de color y animación”) y, con especial referencia a los relacionados con el texto de Livio, por M. Menéndez Pelayo (*Bibliografía hispano latina clásica. Hostio-Plauto*, edición digital preparada por E. Sánchez Reyes, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008, pp. 61-62): “Todos estos romances, que son una desaliñada versificación del texto de Tito Livio, siguiendo el mismo sistema que Lorenzo de Sepúlveda y otros habían adoptado para poner en verso las crónicas castellanas, se leen en el *Coro Febeo* de Juan de la Cueva”. El propio Juan de la Cueva, al publicar la obra, se guardó de incluir entre sus romances una defensa de las seguras críticas que sus contemporáneos iban a lanzar contra el *Coro febeo*, aportando argumentos que pretenden justificar, desde su perspectiva, la invención y procedimiento compositivo de los poemas (véanse, p.e., los romances V 11 –“Al libro”– y VI 1 –“A la Musa Terspsicore–).

² Cf. J.M^a de Cossío, *op. cit.*, pp. 122-123.

³ Como ya apuntara J. Cebrián (tanto en su edición de las *Fábulas mitológicas y épica burlesca*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 20-21 como en “El segundo *Coro febeo de romances históricos*”, en *Estudios sobre Juan de la Cueva*, Sevilla 1991, pp. 81-99), este conjunto de romances publicado en Sevilla en 1588 (aunque en la edición consta la fecha de 1587) bajo el título de *Coro febeo de romances históricos* no tiene nada que ver con otro repertorio igualmente intitulado que no llegó a ver la luz y sólo se conserva en copias manuscritas. Éstas, a tenor de las noticias suministradas por J. Cebrián, son las siguientes: una se encuentra en la Biblioteca Colombina de Sevilla (signat. 82-2-5bis) y las otras dos, que parecen copia de la anterior, están, una, en la Biblioteca Nacional de Madrid (signat. 4070) y, la otra, en la *Hispanic Society of America* de Nueva York (signat. B-2405). En este segundo *Coro febeo* también se incluyen algunos romances relativos a la historia de Roma y, del período de la monarquía en que aquí nos fijamos, contamos con un romance más sobre el rey Tarquinio Prisco (romance 4º del libro V, “Del rey Tarquinio Prisco”, según la copia de la Biblioteca Nacional de

tocan algunos de los momentos más significativos del período de la monarquía y que hasta su época habían sido poco hollados por la tradición literaria: en tres de ellos se extiende a propósito de otros tres episodios señaladamente relacionados con la vida de Rómulo (el nacimiento de los gemelos a resultas de la violación de Rea Silvia, el rapto de las sabinas y la apoteosis del fundador de Roma)⁴ y en los otros tres toca otros tantos hitos estelares de este período (uno relacionado con el reinado de Tulo Hostilio, otro con el de Tarquinio Prisco y el tercero con el de Servio Tulio). En todos los casos, el proceder de Juan de la Cueva es similar en su tarea de versificar la materia que le ofrece Livio: simplifica o engrosa los datos aportados por el historiador de acuerdo con ese interés constante y característico por llegar al lector a través de la narración de ciertos momentos estelares, como lo son éstos, de la historia romana. De ese modo, de la vida de Rómulo ha elegido aquellas porciones del relato que mayor juego dramático podían ofrecerle –engrosando la fuente allí donde su interés lo guiaba⁵– y de los otros tres reinados ha seleccionado también episodios que sobresalen por su singularidad entre el resto de la materia histórica narrada. No es extraño que el poeta, planteando como denominador común de su versión esta selectiva e interesada mirada a la fuente de Livio, se haya fijado en éstos y no otros debido a las peculiares circunstancias, marcadas por un singular dramatismo, que todos ellos le proporcionaban.

Estos tres romances relativos al período de la monarquía recrean, con desigual extensión, los siguientes episodios: el de los Horacios y Curiacios conforme al relato de Livio I 22-26; el del nombramiento de Tarquinio Prisco como rey de Roma según Livio I 34-41; y el del ultraje del cadáver de Servio Tulio por su hija de acuerdo a Livio I 48. En todos ellos, curiosamente, y en ello parece complacerse la pluma del autor, nos encontramos con una significativa participación femenina que es claramente destacada, más que en el relato del historiador, por el poeta sevillano. Así, del enfrentamiento entre Horacios y Curiacios el poeta enfatiza, con similar

Madrid, fols. 95r-96r) que trata del episodio, no recogido por Livio, del encuentro entre el rey y la sibila Amaltea y la famosa venta de los libros sibilinos.

⁴ Ya estudiados, en comparación con su fuente, en nuestro trabajo “Tito Livio romanceado: la leyenda de Rómulo en el *Coro febeo de romances historiales* (1588) de Juan de la Cueva”, *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios Latinos)*, 30.2 (2010) 263-294.

⁵ Como claramente puede verse, por ejemplo, en el romance sobre el nacimiento de Rómulo, a propósito del cual el poeta se extiende en relatar la obsesiva pasión amorosa que se apoderó de Marte y lo llevó a ultrajar a Rea Silvia, algo que por supuesto no está en la fuente historiográfica que sigue, la de Livio, aunque muchos datos sobre el particular –pero que no incorpora a su poema– podía haber encontrado en otras fuentes antiguas, como la *Historia antigua de Roma* de Dionisio de Halicarnaso o los *Fastos* de Ovidio, que también son fuente transmisora del episodio.

interés al que muestra por la heroica actuación del Horacio superviviente tras la lucha entre los dos grupos de trillizos, la queja de la hermana por la muerte de su marido y la venganza tomada sobre ella; del reinado de Tarquinio Prisco incide en el carácter codicioso de Tanaquil –émula de las más terribles hechiceras del mito– para conseguir el poder de Roma; y, por último, del episodio de Servio Tulio cuenta con horror el ensañamiento de la hija con el cadáver del padre asesinado. Son episodios, pues, en los que el papel femenino resulta ciertamente dramático y tienen fuerza suficiente para conmover, por compasión o ira, al lector de los romances.

De ellos, ya lo hemos dicho, la fuente principal y única es la historia de Tito Livio⁶. Asimismo, también es bastante probable –igual que sucede en el caso de los romances de Rómulo– que la información obtenida se haya hecho sobre el texto latino original, sin mediar traducción alguna, ya que el conocimiento de la lengua latina que parece tener el poeta –según señala en algunos pasajes de su vasta obra a propósito de las traducciones de otros autores que dice haber realizado⁷– lo coloca

⁶ No parece que el autor del *Coro febeo* haya tenido en cuenta para su versión ninguno de los datos, a veces divergentes de los que da Livio, contenidos en la obra Dionisio de Halicarnaso (*Historia antigua de Roma* III 12-22, para el episodio de los Horacios y Curiaios inserto en el reinado de Tulo Hostilio; III 46-73, para el de Tarquinio Prisco; y IV 39, para el asesinato de Servio Tulio y ultraje de su cadáver).

⁷ Que Juan de la Cueva tenía fácil acceso, por su conocimiento de la lengua del Lacio, a los textos latinos originales, lo podemos deducir por lo que él mismo dice acerca de las traducciones de algunos autores clásicos –Horacio, Tibulo, Marcial, Estacio, Persio y Juvenal– que hizo y tenía intención de publicar. Así lo confiesa en un pasaje de su poema narrativo *Viaje a Sannio*: “...y he traducido a Marcial gracioso; / todas las obras del divino Horacio / he vuelto en mi vulgar, y al amoroso / y suave Tibulo, y a Propercio, / al libre Juvenal y oscuro Persio”, y en un romance del propio *Coro febeo* (V 11): “Daré sin esto, que es mío, / traducciones de otra lengua; / vueltas en nuestro romance / del grave Estacio las Selvas, / algunas Odas de Horacio, / de Tibulo las Elegias”. Pero de toda esta labor traductora, sin embargo, no conservamos nada. Con respecto al posible texto de Livio que pudo utilizar el poeta, no podemos determinar si lo hizo sirviéndose de una de las numerosas copias manuscritas que tanto proliferaron en los siglos XIV y XV o de cualquiera de las primeras ediciones que se publicaron a partir de la *princeps* romana de 1469: la de Maguncia de 1519 o las dos ediciones de Froben, dadas en Basilea en 1531 y 1535. En cualquier caso, la lectura del historiador de Padua, si no directamente del latín, la hubiera podido hacer siguiendo cualquiera de las traducciones castellanas –por no referirnos a las realizadas en otras lenguas– que del texto de Livio circulaban en su época: la del Canciller Pero López de Ayala, acabada en 1401, la de fray Pedro de Vega, de 1520, o la de Francisco de Enzinas, de 1552 y 1553. Sobre la tradición directa de Livio, véase Tito Livio, *Historia de Roma (Libros I y II)*, texto revisado, traducción, introducción y notas por A. Fontán, Madrid, CSIC, 1987, pp. CV-CXVIII y, con especial referencia a España, R. Delicado Méndez, *Tito Livio en España (Códices latinos en las bibliotecas españolas. Tradición castellana de Livio, directa e indirecta)*, Tesis Doctoral inédita, Madrid 1991.

en una situación óptima para enfrentarse al relato de *Ab urbe condita* sin ningún tipo de intermediario⁸. Por ello, el objeto de nuestro trabajo, más allá de confirmar que, en efecto, la fuente para estos romances es la obra del historiador latino⁹, es analizar la fidelidad con que Juan de la Cueva se enfrenta en su versión del texto de Livio y hasta dónde llega y de qué manera se hace la amplificación que opera sobre la materia narrada.

El episodio de los Horacios y Curiacios

La historia del enfrentamiento entre los bandos albanos y romano, representado singularmente en la lucha particular de los dos tríos de gemelos que había en cada uno de los ejércitos en liza, constituye una pequeña porción del relato que hace Livio sobre este período de la monarquía romana bajo el mando de Tulo Hostilio¹⁰. El episodio se nos narra en I 22-26 y en él el historiador da cuenta de

⁸ Aunque esto no parece ser así en el caso de la información que nuestro poeta maneja para los numerosos romances de asunto mitológico que incluye en su obra. Como señala Cossío, teniendo en cuenta que la mayor parte de esa información está tomada de las *Metamorfosis* ovidianas, es probable que Juan de la Cueva leyera las historias mitológicas a partir de la traducción de Jorge de Bustamante (cf. *op. cit.*, pp. 142-146).

⁹ Algo que ya apuntaba, como hemos dicho antes, M. Menéndez Pelayo bajo la calificación de “desaliñada versificación del texto de Tito Livio” (cf. *Bibliografía...*, *op. cit.*, pp. 61-62). De modo general, sobre la huella de Livio en España, aparte de las páginas que a ello dedica el propio Menéndez Pelayo (cf. pp. 47-67), véase R. Delicado Méndez, “La tradición de Tito Livio en España”, en M. Puig Rodríguez-Escalona (ed.), *Tradició clàssica*, Andorra 1996, pp. 311-316. Bibliografía adicional –además de la citada en las notas de nuestro trabajo– sobre la pervivencia de Livio en las literaturas occidentales, incluida la española, puede encontrarse en V. Cristóbal, “Pervivencia de autores latinos en la literatura española: una aproximación bibliográfica”, *Tempus* 26 (2000) 5-76, esp. pp. 43-44.

¹⁰ Éste es uno más del pequeño grupo de episodios derivados de la obra del historiador latino que han tenido una particular fortuna en la literatura posterior, como sería el caso de la leyenda de Rómulo, el de la de Virginia o el de la de Lucrecia (cf. cronológica y selectivamente –centrándonos en la literatura escrita en castellano– L.A. Cueto, “La leyenda romana de Virginia en la literatura dramática moderna”, *Revista Española de Ambos Mundos* 1 [1853] 865-879; H. Petroni, “El tema de Virginia y de Lucrecia”, *Clavileño* 8 [1951] 1-5; R.M. Goldman, *The Lucretia legend from Livy to Rojas Zorrilla*, Nueva York 1976; L. Busquets, “Lucrecia y Tarquino o el conflicto entre el fin y los medios”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 39.2 [1991] 977-1004; Fca. Moya del Baño, “El romance de Tarquino y Lucrecia”, *Miscelánea Medieval Murciana* 19-20 [1995-1996] 233-244; L. Busquets, “Modelos humanos en el teatro español del siglo XVIII”, en J.M^a Sala Valldaura [coord.], *El teatro español del siglo XVIII*,

cómo, a resultas de las hostilidades surgidas entre los campesinos de Alba y Roma, los caudillos de ambas fuerzas, el propio Tulo Hostilio y, por parte albana, Gayo Cluilio –que al morir será sustituido por Metio Fufecio–, deciden declararse mutuamente la guerra. Ésta, sin embargo, gracias a las explicaciones dadas por Metio a Tulo ante el temor de la amenaza etrusca que vería con buenos ojos la destrucción en una misma guerra de estas dos potencias, no se librará de un modo convencional, sino que la supremacía de un estado sobre el otro se dirimirá a través del enfrentamiento entre los dos tríos de gemelos aludidos: los Horacios, en representación del bando romano –según opina Livio– y los Curiacios, en la del bando albano. Tras ratificarse ante la presencia del fecial el acuerdo en virtud del cual los dos pueblos aceptarán que el vencedor ejerza su poder pacíficamente sobre el vencido, se produce la lucha pactada que, ante el intenso griterío de los presentes de uno y otro pueblo, tiene un resultado desigual. El primer combate cuerpo a cuerpo se salda con dos de los Horacios muertos y los tres Curiacios malheridos. Cuando todo le hacía presagiar al bando romano la peor de las suertes, el Horacio superviviente emprende una simulada huida que arrastra tras de sí, en la medida de sus fuerzas, a los Curiacios heridos que caen uno tras otro ante las acometidas del indemne Horacio. Concluye así la lucha y se zanja, con la victoria romana y la asunción de la derrota por parte albana, la hostilidad entre ambos pueblos.

Al regreso a Roma del Horacio vencedor se produce un episodio que dota de singular dramatismo e interés la historia narrada por el escritor de Padua. En efecto, cuando Horacio entraba en la ciudad portando los despojos de los Curiacios es increpado por una hermana suya que reconoce entre ellos el manto de su

Lleida 1996, vol. I, pp. 153-168; R. Walthaus, “Mujer, honor y violencia: el tema de Virginia en el drama español del Siglo de Oro”, en I. Arellano, M^aC. Pinillos, F. Serralta, M. Vitse (eds.), *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la Asociación Internacional “Siglo de Oro” [Universidad de Toulouse Le Mirail, Toulouse, 1993]*, Pamplona/Toulouse, Griso-Lemso, 1996, vol. II: Teatro, pp. 423-428; y C. Martín Puente, “El drama y la novela históricos de tema romano en el siglo XIX”, en Fco. García Jurado [comp.], *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*, Málaga 2005, pp. 315-337). La fortuna del episodio de los Horacios y Curiacios tiene su más preclaro ejemplo en las diversas adaptaciones que el relato de Livio tuvo en el marco del teatro europeo de los siglos XVI y XVII de mano de P. Aretino (*Orazia*, de 1546), Lope de Vega (*El honrado hermano*, de 1598-1600) y Corneille (*Horace*, de 1640); cf. N. Lombardero, *La leggenda di Orazio sulla scena in Italia, spagna e Francia nei secoli XVI e XVII*, Tesi di Dottorato di Ricerca, Bolonia 2008. Asimismo, su repercusión alcanzó también a la pintura neoclásica francesa, como puede comprobarse por la famosa recreación del juramento de los Horacios realizada por el pintor J.L. David, y al teatro de vanguardia del siglo XX, según muestra el uso de la leyenda con fines antibelicistas de la obra de B. Brecht, escrita en 1934, *Los Horacios y los Curiacios*.

prometido. Cuenta Livio que, al oír Horacio cómo su hermana invocaba llorando el nombre del novio muerto, sacó éste la espada y, preso de ira, atravesó con ella a la joven entendiendo que con esa actitud mancillaba la memoria de los hermanos muertos y a la propia patria. El crimen, no obstante, fue considerado atroz y sometido a juicio popular. En el veredicto de absolución con que concluyó la asamblea popular tuvo un papel señalado la intervención del padre de los Horacios que apeló al valor mostrado por su hijo para dar la victoria a Roma y a la desgracia personal que suponía quedarse, de ser ejecutado éste por el crimen, sin descendencia alguna.

Éste es, en síntesis, el relato del episodio tal cual lo narra Tito Livio y que Juan de la Cueva sigue con notable cercanía al texto, cargando las tintas allí donde entiende que hay mayor intensidad dramática y aliviando su versión de referencias ajenas al hilo principal que mueve su interés allí donde el relato historiográfico ofrece noticias que van más allá de la mera y escueta narración del episodio. Veamos, pues, la manera en que nuestro autor ajusta la materia de *Ab urbe condita* a su poema¹¹.

Aunque el romance se centra en el episodio del enfrentamiento entre Horacios y Curiacios, Juan de la Cueva comienza su composición, como no podía ser de otra forma a fin de que la lucha entre los trillizos cobrara sentido, contextualizando ésta en la disputa surgida entre los pueblos de Roma y Alba. Si bien en estos preliminares se reproducen literalmente con respecto a la fuente algunos datos informativamente insoslayables (como que el poder de Roma había pasado de Numa a Tulo Hostilio y que en Alba reinaba Gayo Cluilio), lo cierto es que las razones que se dan para justificar la guerra que va a desatarse aparecen en el texto de Juan de la Cueva bastante amplificadas en comparación con la síntesis narrativa que ofrece el relato de Livio y, asimismo, presentan algún leve cambio en su presentación. Así, al principio (vv. 1-12), como decimos, el romance se hace eco preciso de los datos sobre la sucesión de Numa y el caudillaje albano de Cluilio según la información de Livio (I 22,1: *Numae morte ad interregnum res rediit. Inde Tulium Hostilium ... regem populus iussit*; y I 22,4: *Imperitabat tum Gaius Cluilus Albae*):

¹¹ El texto de los romances lo citamos a partir de la edición de la BAE de A. Durán (*Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, vol. I, Madrid 1849, pp. 349-352 (nº 515, 516 y 517, respectivamente). Por su lado, el texto de Livio que utilizamos es el de la ya mencionada edición de A. Fontán (cf. *supra* nota 7).

Los sucesores de Marte
 A quien Rómulo divino
 Dio nombre y llamó romanos,
 Nombre de su nombre mismo,
 Habiendo la fiera parca 5
 Llevado a Numa Pompilio,
 Eligieron por su rey
 Al valiente Tulo Hostilio;
 Al cual en tomando el cetro
 Envío Cayo Civilio, 10
 Rey Albano, embajadores
 Con un su recado altivo,

pero poco después, sin embargo, tanto los datos que ofrece Livio sobre las embajadas que ambos pueblos envían casi a la vez para pedir explicaciones por las rapiñas que mutuamente se estaban haciendo en los campos como la reproducción literal de la respuesta de Tulo Hostilio a los albanos (pues previamente se había referido superficialmente al hecho de que también los romanos habían acudido a Alba y, ante la negativa a las reparaciones solicitadas, les habían declarado la guerra en un plazo de treinta días), Juan de la Cueva los presenta de muy otro modo: no sólo reproduce en estilo directo, como vemos en Livio, la respuesta dada por el rey romano a la embajada de Cluilio (sobre la que, además, introduce alguna variación¹²), sino que expone también de forma directa los argumentos esgrimidos por los representantes del pueblo albano (que en idénticos términos quedaban explícitos en la obra del historiador mediante un discurso indirecto). La materia, pues, de *Ab urbe condita* relativa a los argumentos de cada una de las embajadas que leemos en I 22,6 (*Tum legatis Tullus dicendi potestatem quid petentes uenerint facit. Illi, omnium ignari, primum purgando terunt tempus: se inuitos quicquam quod minus placeat Tullo dicturos, sed imperio subigi; res repetitum se uenisse; ni reddantur bellum indicere iussos*) y en I 22,7 (*Ad haec Tullus 'Nuntiate' inquit 'regi uestro regem Romanum deos facere testes, uter prius populus res repetentes legatos aspernatus dimiserit, ut in eum omnes expetant huiusce clades belli'*) se vuelca respectivamente en estos términos, y con algunas modificaciones, en la versión del romance (vv. 13-44):

¹² Sobre todo la idea de que la embajada romana había sido desoída por el rey albano expresa en I 22,5: *Tantisper Romani et res repetiuerant priores et neganti Albano bellum in tricesimum diem indixerant.*

Que ante Tulo Hostilio puestos,
 Uno, el más anciano, dijo:
 -Los albanos te requieren 15
 Que de ti siendo esto oído,
 Les mandes a tus romanos
 Les sea restituido
 Cuanto han robado en sus campos
 Violando la fe de amigos; 20
 Y que siéndote avisado,
 Si nos fuere contradicho,
 Te denunciemos la guerra,
 La cual, Rey, te notifico,
 Que dentro de treinta días 25
 Será, y hoy te la publico,
 Si en nuestra justa embajada
 No vienes, cual te pedimos.-
 Cesó el albanés, y el rey
 De Roma, le ha respondido: 30
 -A vuestro Rey le diréis
 Que yo aceto el desafío,
 No dentro de treinta días,
 Sino en este día mismo;
 Que pues él quiebra las paces, 35
 Cual los dioses son testigos,
 Pues sus albanos primero
 Robaron los campos míos,
 Y yendo a pedir justicia
 No quiso jamás oílos; 40
 Así ellos d' esta guerra
 La causa son y principio;
 Para la cual se aperciba
 Porque yo ya me apercibo.-

A la declaración de guerra, explícita por parte de ambos bandos en Juan de la Cueva y sólo insinuada en el texto de Livio, siguen los preparativos para la lucha. El romance pasa de inmediato a situar el ejército albanos cerca de la ciudad de Roma

(a cinco millas de la urbe, como señala el historiador latino¹³), pero omite –aunque luego aludirá a ello– la referencia al carácter de guerra civil que tenía este enfrentamiento, según dice Livio en *Ab urbe condita*, y al hecho singular de que los ejércitos no llegaron a enfrentarse antes de que los dos pueblos se unieran en uno solo. Sí hay en el texto de Juan de la Cueva, sin embargo, alusión a la muerte de Cluilio, que fue sustituido por Metio Fufecio, y referencia a la extrema cercanía –un tanto exagerada en el romance con respecto a lo que apunta el historiador¹⁴– que mediaba entre ambos campamentos (vv. 45-60):

Idos los embajadores,	45
Y del rey albano oídos,	
Su gente puso en campaña,	
Que siguiendo su camino,	
A cinco millas de Roma	
Su campo asentó Civilio,	50
El cual murió en allegando,	
Y dictador fue elegido	
Mecio Sufecio, hombre noble,	
De Alba fuerte caudillo.	
En este tiempo, aprestado	55
El gran pueblo de Quirino,	
Puso su campo a do estaba	
Situado el de su enemigo,	
Tan cerca el uno del otro,	
Que se oían sin dar gritos.	60

Asimismo, de igual manera que podemos leer en la fuente latina, el romance transcribe directamente las palabras que el caudillo albano dirige al rey de Roma, aunque opera en su discurso algunos significativos cambios que cuadran mejor al contexto y los preliminares del episodio que pretende contar. Livio hacía argumentar a Fufecio (I 23,7-9) que los motivos aparentes de la guerra que había iniciado por parte albana Cluilio –el que Roma no hubiera satisfecho las reivindicaciones pedidas por Alba a cuenta de las ofensas recibidas– ocultaban la razón real de la lucha, esto es, el ansia de poder, y que, además, el hecho de que ambos ejércitos se enfrentaran iba a ser visto con buenos ojos por un enemigo

¹³ I 23,3: *Castra ab urbe haud plus quinque milia passuum locant.*

¹⁴ I 23,5: *Ducit [Mettius Fufetius] quam proxime ad hostem potest.*

común, el pueblo etrusco, que podría aprovechar el debilitamiento de las dos naciones –vecinas y emparentadas– por causa de la guerra para iniciar un ataque y conquistarlas. Juan de la Cueva, a su vez, reproduce casi en su totalidad estas palabras, con adición de ideas ya expresadas anteriormente por Livio, pero omite hacer referencia a la amenaza etrusca, pues debe tratarse de un argumento que no le interesa de cara al relato concreto de la lucha entre los trillizos. Pero antes, la introducción del parlamento de Fufecio se hace en muy similares términos al texto latino¹⁵: el caudillo albano envía por delante un mensajero para pedir audiencia a un Tulo Hostilio que, no obstante, según se deduce también del romance (vv. 73-74: “cesando de todas partes / el alboroto y el ruido”), deja desplegado su ejército en orden de batalla (vv. 61-76):

Estando ya los dos campos	
Dispuestos y apercebidos,	
Para darse la batalla	
Todo a punto y prevenido,	
Mecio Sufecio envió	65
A rogar a Tulo Hostilio,	
Que se hablasen los dos,	
Antes que fuesen rompidos.	
Otorgó el romano al punto	
Lo qu'el contrario ha pedido,	70
Y entre los dos campos puestos	
Los dos contrarios caudillos,	
Cesando de todas partes	
El alboroto y el ruido,	
Al poderoso romano	75
El albanés así dijo...	

Y, en efecto, los argumentos que a continuación Juan de la Cueva pone en boca de Fufecio van por los derroteros que hemos señalado, indicidiendo en las cuestiones de parentesco para evitar la guerra y remarcando que la codicia de Clulio,

¹⁵ I 23,5-6: *Ducit [Mettius Fufetius] quam proxime ad hostem potest; inde legatum praemissum nuntiare Tullo iubet priusquam dimicent opus esse conloquio: si secum congressus sit, satis scire ea se allaturum quae nihilominus ad rem Romanam quam Albanam pertineant. Haud aspernatus Tullus tamen si uana adferantur, in aciem educit. Exeunt contra et Albani. Postquam structi utrimque stabant, cum paucis procerum in medium duces procedunt. Ibi infit Albanus...*

con omisión de toda referencia a los etruscos, es la que ha motivado una lucha que, al igual que se apuntaba en Livio¹⁶, debería zanjarse de cualquier otro modo (vv. 77-110):

-Yo he visto bien la ocasión, Y la causa que ha movido A nosotros y a vosotros A esta guerra a que venimos;	80
Y es, según dio por disculpa Nuestro rey Cayo Civilio, Porque no restituistes Lo que d'él os fue pedido, Que de los campos albanos De vosotros fue cogido;	85
Y no dudo qu'este achaque También sea de ti seguido; Mas si la verdad se dice, Diferente es que se ha dicho,	90
Porque hacernos tal guerra Los amigos y vecinos, Y los que ya en parentesco Estamos, cual ves, unidos, Es codicia del imperio, No los robos referidos.	95
Yo no sé si en esto acierto, Qu'esta la causa haya sido Que al rey albano moviese La codicia, que aquí digo:	100

¹⁶ I 23,7-9: *'Iniurias et non redditae res ex foedere quae repetitae sint, et ego regem nostrum Cluiliam causam huiusce esse belli audisse uideor, nec te dubito, Tulle, eadem prae te ferre; sed si uera potius quam dictu speciosa dicenda sunt, cupido imperii duos cognatos uicinosque populos ad arma stimulat. Neque, recte an perperam, interpretor. Fuerit ista eius deliberatio qui bellum suscepit: me Albani gerendo bello ducem creauere. Illud te, Tulle, monitum uelim: Etrusca res quanta circa nos teque maxime sit, quo propior es Etruscis, hoc magis scis. Multum illi terra, plurimum mari pollent. Memor esto, iam cum signum pugnae dabis, has duas acies spectaculo fore ut fessos confectosque simul uictorem ac uictum adgrediantur. Itaque si nos di amant, quoniam non contenti libertate certa in dubiam imperii seruitiique aleam imus, ineamus aliquam uiam qua utri imperent sine magna clade, sine multo sanguine utriusque populi decerni possit'.*

Yo fui hecho capitán,
 Después que se dio principio
 A esta guerra, y considero
 El gran yerro que seguimos,
 Que ensangrentemos las armas 105
 En los parientes y amigos,
 Sino que busquemos orden
 Cómo sea eso impedido,
 Y no quede, de ambos pueblos,
 Con entrambos señoríos.- 110

Así, la aceptación de una salida menos sangrienta al conflicto que leemos en Livio (I 23,10: *Haud displicet res Tullo*) también se apostilla en el romance (v. 11: “Tulo Hostilio vino en esto”), del mismo modo que igualmente se determina que el enfrentamiento entre los dos tríos de gemelos sea lo que resuelva la lucha, aunque en Juan de la Cueva no se discute, como ocurre en Livio¹⁷, sino que se da por hecho – siguiéndose claramente la opinión expresada por el historiador–, por qué bando pelearon los Horacios y por cuál lo hicieron los Curiacios (vv. 112-122):

Y para que sea cumplido
 Sin derramar mucha sangre,
 De los suyos ha elegido
 Tres mozos dichos Horacios, 115
 De un solo parto nacidos;
 Que estos contiendan por Roma,
 Y defiendan su partido.
 Los albanos señalaron
 Otros tres, de un parto mismo, 120
 Llamados los Curiacios
 De igual fuerza, edad, y brío.

El pacto sobre el desenlace del enfrentamiento entre los gemelos y su ratificación por parte del fecial que tan destacado lugar ocupa en el relato de Livio (quien lo detalla con toda su suerte de fórmulas de juramento en I 24,4-9 por

¹⁷ I 24,1: *Tamen in re tam clara nominum error manet, utrius populi Horatii, utrius Curiatii fuerint. Auctores utroque trahunt; plures tamen inuenio qui Romanos Horatios uocent: hos ut sequar inclinatus animus.*

tratarse del pacto más antiguo del que el historiador tiene noticia), se recoge con sustanciosa mengua de toda precisión accesoria en el romance castellano, que únicamente subraya con énfasis la condición final de la lucha: que el pueblo de los combatientes que resultaran vencedores ejercería su poder sobre el de los vencidos (vv. 123-130)¹⁸:

Hecho este pacto y firmado	
De ambos, luego el Fecial vino,	
Tomándoles juramento,	125
Que todo sería cumplido,	
Siendo puesto en sujeción	
El pueblo de los vencidos;	
Y qu'el pueblo vencedor	
Lo tuviese en su dominio.	130

La disposición a la lucha de los trillizos se produce en el romance en similares términos a los apuntados por Livio, situándose los combatientes en medio de los dos bandos y entre las aclamaciones de sus respectivos ejércitos (vv. 131-136):

Luego los seis combatientes	
A la batalla han salido,	
Y en medio de las dos huestes	
Les señalaron el sitio	
Para hacer su combate	135
De los unos y otros visto.	

La lucha se inicia con el correspondiente toque de la señal, que respeta la versión romancística, y al instante, de forma tan rápida en Juan de la Cueva como en la narración de Livio (aunque el romance, al contrario que el relato del paduano, no atiende a los efectos que el resultado inicial del enfrentamiento tiene en cada uno de los ejércitos, que en la narración histórica se ven completamente involucrados en el desarrollo de los acontecimientos), se producen las dos primeras bajas por parte del bando romano, cayendo muertos dos de los Horacios (uno sobre otro, según especifica el historiador –*duo Romani super alium alius...exspirantes corruerunt*– y

¹⁸ I 24,3: *Priusquam dimicarent foedus ictum inter romanos et Albanos est his legibus ut cuiusque populi ciues certamine uicissent, is alteri populo cum bona pace imperitaret.*

la ira del Horacio aún vivo cuando ve que sus hermanos han caído a manos de los combatientes albanos (vv. 145-174):

El romano, que vio muertos	145
Sus hermanos, encendido	
En coraje y en esfuerzo,	
Aunque en tan cierto peligro,	
Consideró que teniendo	
Justos sus tres enemigos,	150
Peleando todos juntos	
Era cierto ser vencido,	
Y para ver de vencellos	
Convenía dividillos;	
Así se fue retirando	155
D'ellos, con huir fingido,	
Y uno de los tres albanos,	
Viendo que quedaba vivo,	
Partió para él furioso	
A darle mortal castigo.	160
Mas revolviendo el romano	
Luego que apartar lo vido,	
Con un golpe y otro golpe	
Con tal prisa lo ha herido,	
Que antes que lo guareciesen	165
Sin alma en tierra ha caído;	
Y apartándose otro poco,	
De otro hermano fue seguido,	
Y revolviendo sobre él	
También muerto lo ha tendido;	170
Quedando solo con uno	
Lo que en los otros dos hizo,	
Y a todos tres despojando	
De la vida y los vestidos.	

uolnere, fessum cursu trahens corpus uictusque fratrum ante se strage uictori obicitur hosti [...]. Male sustinenti arma gladium superne iugulo defigit, iacentem spoliatur.

Tras la victoria, no hay en el romance, como viene siendo habitual, referencia alguna a las consecuencias históricas del combate (algo que en el relato de Livio se especifica inmediatamente después de ser recibido el Horacio vencedor por el ejército romano [I 25,13-14-I 26,1]), sino que se salta, obviando de forma expresa toda esa información que se considera accesoria, a otro de los momentos más dramáticos del episodio y que más líricamente esponja nuestro poeta, a tenor del interés que parece mostrar por él (vv. 185-186: “sucedió un caso admirable, / que por serlo será escrito”). En efecto, luego de una sucinta alusión al recibimiento de que fueron objeto por parte de sus compañeros literalmente émula del texto latino²², Juan de la Cueva relata el encuentro que tiene lugar entre la hermana de los Horacios que tenía por esposo a uno de los Curiacios y el combatiente vencedor. La joven, que rompe a llorar nada más ver los despojos del marido muerto que portaba su hermano, es increpada por éste y atravesada por su espada. También aquí el romance sigue el modo narrativo de Livio²³ y transcribe las palabras con que el joven romano pretende justificar su crimen resaltando la impiedad de llorar al enemigo sin acordarse de los hermanos muertos ni de la patria (vv. 175-220):

Victorioso dejó el campo	175
Donde el combate ha vencido,	
Y fuese al de sus romanos,	
Del cual fue bien recibido,	
Y con mucho honor y gloria	
En la ciudad fue metido	180
Con los despojos al hombro,	
Que daban del hecho indicio.	
Yendo entrando d' esta suerte	
Con tal triunfo y regocijo,	
Sucedió un caso admirable,	185
Que por serlo será escrito,	
Porque se acabe la historia	

²² I 25,13: *Romani ouantes ac gratulantes Horatium accipiunt.*

²³ I 26,2-4: *Princeps Horatius ibat, trigemina spolia prae se gerens, cui soror uirgo quae desponsa uni ex Curiatiis fuerat obuia ante portam Capenam fuit, cognitoque super umeros fratris paludamento sponsi quod ipsa confecerat, soluit crines et flebiliter nomine sponsum mortuum appellat. Mouet feroci iuueni animum comploratio sororis in uictoria sua tantoque gaudio publico. Stricto itaque gladio simul uerbis increpans transfigit puellam. 'Abi hinc cum immaturo amore ad sponsum', inquit, 'oblita fratrum mortuorum uiuique, oblita patriae. Sic eat quaecumque Romana lugebit hostem'.*

Qu'es el intento que sigo.
 Horacio tenía una hermana,
 Y esta tenía por marido 190
 Uno de los Curiacios,
 Que d'él quedaban vencidos;
 La cual salió a ver el triunfo
 Al hermano concedido,
 Y puestos en él los ojos 195
 Alegre del regocijo;
 Y como sobre los hombros
 Llevase el despojo habido,
 Conoció entre los demás
 De su marido el vestido, 200
 Que dado le fue por ella;
 Y así d'ella conocido,
 Al punto soltó el cabello,
 Y comenzó en alto grito
 Llorando a llamar su esposo, 205
 Culpando al cielo, y destino.
 El vitorioso romano
 D'esto haciéndose ofendido,
 Arrebatado de ira
 Y de cólera encendido, 210
 Dio allí la muerte a su hermana
 Porque lloraba al marido,
 Diciendo: -Quéjate a él
 D'esto y de su desatino,
 De tu amor desordenado, 215
 Pues que pones en olvido
 La muerte de dos hermanos,
 Y la vitoria del vivo,
 Y el bien de la cara patria,
 Por llorar a su enemigo.- 220

El autor vuelve a mirar selectivamente a la fuente latina para cerrar su poema con un final de la historia apresurado y mutilado en los aspectos que nada interesan a la línea argumental de la composición. Juan de la Cueva alude, sí, al

ajusticiamiento y a la condena del Horacio fratricida²⁴, así como a las súplicas que su padre eleva a la asamblea popular para impedir que fuera ejecutado, pero omite toda la información institucional que acompaña a estos acontecimientos y que ocupa una buena porción del final del episodio en el relato historiográfico (según lo narrado en I 26,5-8). En todo lo demás, el poeta sevillano sigue el dictado de Livio, incidiendo como él en señalar que el perdón logrado por el padre de Horacio se debió tanto a los argumentos que esgrimió ante la asamblea del pueblo²⁵ como a solicitud de absolución reclamada por éste (vv. 221-258)²⁶:

Horacio fue luego preso,
 Y en dura cárcel metido,
 Y condenado a morir
 Por el crimen cometido.
 Queriendo ya ejecutallo 225
 Con muerte dina al delito
 El padre entró en el Senado,
 Diciendo: -Padres conscriptos,
 ¿Este galardón le dais
 A quien os ha redimido 230
 Echando el pesado yugo

²⁴ Pero lo hace sin aludir al procedimiento que señala Livio, esto es, que, como el rey no quiso emitir veredicto para no grangearse el odio del pueblo ante un juicio tan escabroso, la responsabilidad de fallar una condena pasó a los duunviros creados a tal efecto. Y aunque éstos lo condenaron, la apelación de Horacio fue oída por Tulo y a resultas de ello la causa se tuvo que debatir ante el pueblo. Precisamente, ante la asamblea popular pronunció el padre del romano victorioso los argumentos que lograron su absolución.

²⁵ De ellos Juan de la Cueva hace una síntesis a partir de lo ampliamente argumentado en el texto de Livio (I 26,9-11): *Moti homines sunt in eo iudicio maxime P. Horatio patre proclamante se filiam iure caesam iudicare: ni ita esset, patrio iure in filium animaduersurum fuisse. Orabat deinde ne se quem paulo ante cum egregia stirpe conspexissent orbem liberis facerent. Inter haec senex iuuenem amplexus, spolia Curiatorum fixa eo loco qui nunc Pila Horatia appellatur ostentans, 'Huncine', aiebat, 'quem modo decoratum ouantemque uictoria incedentem uidistis, Quirites, eum sub furca uinctum inter uerbera et cruciatus uidere potestis? Quod uix Albanorum oculi tam deforme spectaculum ferre possent. I, lictor, colliga manus, quae paulo ante armatae imperium populo Romano pepererunt. I, caput obnube liberatoris urbis huius; arbore infelici suspende; uerbera uel intra pomerium, modo inter illa pila et spolia hostium, uel extra pomerium, modo inter sepulcra Curiatorum; quo enim ducere hunc iuuenem potestis ubi non sua decora eum a tanta foeditate supplicii uindicent?'*

²⁶ I 26,12: *Non tulit populus nec patris lacrimas nec ipsius parem in omni periculo animum, absolueruntque admiratione magis uirtutis quam iure causae.*

Al albanés señorío?
 No uséis tal ingratitud
 Con quien tanto bien os hizo:
 Contentaos, que por la patria 235
 Pierdo en un día dos hijos,
 ¿Y a uno solo que me queda,
 Que os libró cual habéis visto,
 Queréis quitalle la vida
 Por galardón del servicio?- 240
 Esto les dice llorando,
 Y el pueblo a piedad movido
 Comenzó a pedir que fuese
 Libre Horacio, y no ofendido;
 Qu'el bien que les había hecho 245
 De cualquier premio era dino;
 Que si libertad tenían,
 Que por su mano les vino;
 Que se la diesen al punto,
 Perdonándole el delito, 250
 Pues era fácil su yerro
 Visto el grande beneficio.
 Oyendo los senadores
 Las voces del pueblo, y gritos,
 Revocaron la sentencia 255
 Y el autor ya proveído,
 Dando a Horacio libertad
 Y el premio a su honor debido.

En este punto final con que Juan de la Cueva cierra su romance, enfatizando el premio de la libertad que el pueblo otorga al joven romano por los méritos y la virtud demostrados, quizá podamos observar una cierta sintonía con el modo en que el poeta, de acuerdo a su contexto histórico concreto, había tratado la materia clásica en las tragedias y comedias que había publicado inmediatamente antes del *Coro febeo*²⁷. Hay en este romance, como en los otros dos que vamos a comentar, además

²⁷ Las tragedias y comedias de Juan de la Cueva se publican en 1583 (luego, en 1588, se hace una segunda edición), aunque fueron representadas en Sevilla entre 1579 y 1581. Por su relación con la obra de Livio, hay que señalar que la *Tragedia de la muerte de Virginia y Apio Claudio* es de 1580.

de una concesión significativa a la historia truculenta y marcada por la tragedia²⁸, una soterrada finalidad moral que asoma²⁹, y que no está lógicamente presente en Livio, en el último octosílabo del poema: “el premio a su honor debido”. Parece como si al interés por contar un episodio que ya de por sí puede resultar interesante por sus intrínsecos tintes dramáticos, se sumara el hecho de que la historia narrada, y el efecto didáctico que de ella deriva, también conviene ideológicamente al contexto histórico que afecta al poeta³⁰.

El rey Tarquinio Prisco

Aunque en el romance de Juan de la Cueva, como veremos, se elimina buena parte de la información narrada por Livio, de los tres relatos sobre los respectivos reyes de Roma que versiona en su obra éste es, sin duda alguna, el

²⁸ Muy posiblemente debida al influjo del teatro de Séneca y de los autores senequistas italianos que influyen también en Juan de la Cueva. Sobre ello, véase E. Morby, “The influence of Senecan Tragedy in the Plays of Juan de la Cueva”, *Studies in Philology* 34 (1937) 381-391; E. del Río Sanz, *La influencia del teatro de Séneca en la literatura española*, tesis doctoral publicada en microfichas, Madrid 1992, pp. 392-460 y R. Frolidi, “Reconsiderando el teatro de Juan de la Cueva”, en F.B. Pedraza-R. González (eds.), *El teatro en tiempos de Felipe II. Actas de las XXI Jornadas de Teatro Clásico (Almagro, 7-9 de julio de 1998)*, Almagro, Univ. de Castilla-La Mancha, 1999, pp. 15-30, esp. p. 22.

²⁹ Como también puede verse en su teatro, según apostilla R. Frolidi (*art. cit.*, p. 22): “Se advierte una preocupada reflexión sobre motivos y problemas que, en parte provenientes de una antigua tradición literaria (por ejemplo, la maldad que reina en las cortes, la tiranía de los potentes, la falsedad de los hombres), asumen ahora significados que se relacionan con la realidad del presente y tratan de comunicar al público valores morales bien precisos”.

³⁰ Sobre el tema político en la obra dramática de Juan de la Cueva, cuya importancia en el autor sevillano no valoran por igual todos los estudiosos, véase el trabajo de P. Bolaño Donoso, “El ‘espacio dramático’ del poder en el teatro Barroco” (disponible en la dirección web: <http://www.moderna1.ih.csic.es/cordoba/> [consulta de 29 de diciembre de 2009]), donde se indica (p. 10): “Elegió temas de la historia antigua (entre otros) en donde vierte sus preocupaciones políticas, las cuales podemos leer en clave de presente histórico (de Cueva) pues, como en época anterior (Gil Vicente) el papel del poeta sobre la escena fue la de ‘legitimar el orden y el poder’, o, si lo prefieren, sus discursos importaban para la ‘regulación de la sociedad’. Con ello el autor podía conseguir una mayor implicación en el desarrollo de la acción, por parte de los espectadores (...) Al ser su teatro, fundamentalmente, de inspiración histórica, podemos ver a través de él esa clara tendencia de carácter didáctico, que se suma a la finalidad estética y hedonista que nos llega gracias a su especial visión de la teatralidad de semejantes acontecimientos...”.

episodio más extenso al que se enfrenta el autor sevillano. Frente a la singularidad del pasaje anterior sobre Horacio y la muerte de su hermana, y la sorprendente actitud que adopta la hija de Servio Tulio ante la muerte de su padre en el siguiente, no cabe considerar sino que la decisión del poeta por seleccionar este episodio debe de haber estado motivada tanto por el lírico atractivo que le ofrecía el personaje femenino de Tanaquil (de quien Juan de la Cueva, en mayor medida que Livio, ofrece un preciso retrato revelador de su exacerbada codicia y notable maldad) como por la llamativa maestría mostrada por el historiador latino en la narración del reinado de Tarquinio Prisco dentro de su obra.

El relato, que se inicia en I 34 y se prolonga hasta I 41, comienza con la alusión al hecho de que, durante el reinado de Anco, Lucumón, hombre rico procedente de Etruria, había llegado a Roma movido por la ambición y el deseo de alcanzar la elevada posición que no había logrado en Tarquinia, a pesar de que la muerte de su hermano Arrunte había propiciado que él heredara toda la fortuna de su padre, Demarato de Corinto.

La esposa de Lucumón (una mujer de alta posición, llamada Tanaquil) incita a su enriquecido marido a alcanzar el estatus que dice merecer. La impulsan a ello dos motivos: el no poder soportar el desprecio que los etruscos muestran por Lucumón al ser hijo de un exiliado extranjero y el deseo de ver a su esposo cubierto de honores. Así, decide que el lugar adecuado para emigrar es Roma, una ciudad que, por su reciente fundación, le parece apropiada para promocionarse fácilmente entre la nueva nobleza. Tras convencer a su marido y partir hacia la urbe, llegan al Janículo y, mientras se tomaban un descanso sentados en la carreta, se produce un suceso prodigioso: una águila baja volando del cielo y le quita el bonete a Lucumón, y luego se lo vuelve a poner, desapareciendo. Tanaquil, experimentada conforme a su origen etrusco en prodigios celestes, interpreta el augurio como anuncio del elevado destino que le espera a su esposo.

Tras instalarse en Roma y tomar el nombre de Tarquinio Prisco, Lucumón se va abriendo hueco favorable, a fuerza de favores, en la opinión de la gente y su buena fama llega a oídos del rey, que lo acoge como insustituible consejero y acaba por nombrarlo tutor de sus hijos. Pero en vista de que Anco envejecía y los herederos al trono no estaban todavía en edad viril, Tarquinio hizo todo lo posible por adelantar los comicios para nombrar un nuevo sucesor. Para ello, alejó de Roma a los hijos de Anco y convenció al pueblo con rotundos razonamientos e intrigas para que él fuera nombrado rey. Como tal, y según refiere Livio en I 35,7-38, llevó a cabo una serie de actuaciones de gran calado para la ciudad de Roma: conquistó la ciudad de Arpiolas, acotó el espacio del Circo Máximo, introdujo algunas reformas

en el ejército que le permitieron subyugar a los Sabinos y, luego, a los Latinos, rodeó la ciudad con un muro de piedra tallada allí por donde todavía no estaba fortificada y, entre otras cosas, llevó a cabo importantes obras de alcantarillado.

Antes de referir su muerte, el historiador da cuenta del prodigio que acompañó y marcó la vida del siguiente rey de Roma, Servio Tulio. Fueron muchos los testigos que vieron cómo, mientras dormía, al niño que sería rey le brotó una llama en la cabeza que, al despertar, se apagó. Tanaquil convenció a su marido para que, de cara a un beneficio futuro, lo criaran como hijo hasta el punto de convertirse a la postre en yerno de Tarquinio. Poco a poco Servio Tulio fue ganando prestigio a ojos del rey, mientras que los hijos de Anco, molestos ya como estaban de que un extranjero les hubiera usurpado el poder, veían crecer su indignación ante la posibilidad de que a la muerte del rey el trono pudiera escapárseles de las manos y pasar a las del nuevo favorito. Por ello, deciden parar la ofensa con la fuerza, pero no en la persona de Servio Tulio, sino en la del rey, de tal manera que encargan a dos pastores de extrema violencia que lo maten de un hachazo. Aunque Tarquinio es herido mortalmente y fallecerá poco después, Tanaquil oculta los hechos y hace a Servio Tulio aparecer ante el pueblo como la persona que el rey ha designado para ser obedecida en su ausencia a fin de que, antes de que la noticia de la muerte de Tarquinio sea de dominio público, Servio Tulio vaya consolidando el poder que lo llevará a dirigir a la postre el destino de Roma como nuevo rey de la ciudad.

El romance, en efecto, hace un repaso completo de la biografía de Tarquinio Prisco, pero, según hemos dicho, omite numerosos datos que sobre ella ofrece el historiador y, sobre todo, tergiversa algunos detalles que entibian la avaricia por el poder y el deseo de ascenso social que Livio resalta como las principales razones que llevaron a Lucumón –con el impulso de Tanaquil– a dirigirse a Roma³¹. Comienza Juan de la Cueva, pues, por ofrecer algunos rasgos de la vida del rey destacando precisamente su humilde origen³² y su procedencia etrusca (vv. 1-10):

³¹ I 34,1: *Anco regnante Lucumo, uir impiger ac diuitiis potens, Romam commigrauit cupidine maxime ac spe magni honoris, cuius adipiscendi Tarquiniis, nam ibi quoque peregrina stirpe oriundus erat, facultas non fuerat.*

³² En Livio, recordemos, sí se hace mención de la procedencia humilde del padre de Lucumón, que había llegado a Etruria como extranjero exiliado (I 34,2: *Demarati Corinthii filius erat [Lucumo], qui ob seditiones domo profugus cum Tarquiniis forte consedisset*). Es precisamente esta circunstancia, según el relato del historiador, la que motiva el rechazo de que es objeto en su patria etrusca y el malestar que empuja al futuro rey de Roma a trasladarse a la Urbe (I 34,5: *Spermentibus Etruscis Lucumonem exsule aduena ortum*), pero no, como señala Juan

Sin memoria de ser rey
 Tarquino Prisco vivía
 En Tarquinia, entre los tuscos,
 De donde era su familia;
 Vivía en humilde estado 5
 Y tenido en poca estima,
 Su claro nombre encubierto,
 Su prudencia y valentía;
 Que todas las buenas partes
 La pobreza las eclipsa. 10

Pero, en contraste con estos rasgos positivos de Tarquinio, el romance empieza a cargar las tintas –demorándose mucho más que la fuente historiográfica en su descripción, tanto por la intensidad con que lo hace como por el espacio que le dedica– en la imagen negativa que ofrece de Tanaquil y que ocupa casi la mitad de la composición. El comienzo del retrato de la esposa de Tarquinio hace recaer sobre ella la responsabilidad de la marcha a Roma y, a la postre, de la muerte del rey, apoyando esta lectura de los datos de Livio en el deseo de la mujer por salir de la penosa situación en que se encuentran en suelo etrusco (vv. 11-26):

Tanaquil, su mujer, viendo
 Quién eran, y cuál se vían,
 Afligida de la suerte
 Tan infame y abatida
 En que estaban tan sujetos 15
 A su fortuna enemiga,
 Resuelta en buscar remedio
 A la estrechez de su vida,
 Que acabando su miseria,
 Acabase su desdicha, 20
 Tentó los medios posibles
 Y las imposibles vías,
 Por ver si por una u otra
 Fuese; porque en la fatiga
 La necesidad esfuerza, 25
 Y a los ingenios aviva.

de la Cueva, esa situación de penuria económica que oculta las extraordinarias virtudes (prudencia y valentía) que caracterizan en su versión a Tarquino Prisco.

A continuación, explotando también uno de los rasgos que en Livio se señalan como propios de esta mujer y que en su obra sólo se mencionaba a propósito de la interpretación del suceso del águila que arrebató el bonete a Lucumón³³, Juan de la Cueva abunda en el perfil mágico de Tanaquil y añade a su biografía, además de haber caracterizado a la mujer con los rasgos arquetípicos de las hechiceras (los mismos que, hundiendo sus raíces en las del mundo antiguo, tanta presencia tendrán en la literatura española del XVI)³⁴, una consulta al oráculo para entrever el futuro que le aguardaba a su esposo. Así, no sin cierta hipérbole, las capacidades mágicas de Tanaquil que describe el poeta –ausentes, huelga decirlo, en el relato de Livio– están notablemente abultadas y muy próximas a las que describen el proceder de las hechiceras que en su calidad de medianeras de amor aparecen la elegía latina (vv. 27-52)³⁵:

Quiso, llega a este extremo,	
Seguir de su profecía	
El curso, y saber del cielo	
El fin que a su mal ponía,	30
Pues de sus altos misterios	
Las cosas más escondidas	
Y más ocultas al mundo,	
Le eran claras y sabidas;	
Que la gran naturaleza	35
A Tanaquil hacía digna,	

³³ I 34,9: *Accepisse id augurium laeta dicitur Tanaquil, perita ut uolgo Etrusci caelestium prodigiorum mulier.*

³⁴ El propio Juan de la Cueva volverá a hacer uso de la figura de la hechicera, con las connotaciones propias de la época y en un contexto amoroso, en su obra dramática, concretamente en *Los siete infantes de Lara* (cf. E. Lara Alberola, “La hechicera en la literatura española del siglo XVI: panorámica general”, *Lemir. Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento* 14 [2010] 35-52, esp. p. 46).

³⁵ Así en Tibulo I 5, 47-58 y 6, 43-54, aunque de forma más significada en Propercio IV 5 y Ovidio, *Amores* I 8, cuyas pinturas de las alcahuetas Acántide y Dipsade tanta importancia tendrán para la configuración de este personaje en la literatura española (cf. E. Lara Alberola, *art. cit.* en nota anterior). Sobre la tradición literaria antigua, sobre todo romana, de la alcahueta, véase A. Bonilla y San Martín, “Antecedentes al tipo celestinesco en la literatura latina”, *Revue Hispanique* 15 (1906) 372-386 y T. González Rolán, “Rasgos de la alcahuetería amorosa en la literatura latina”, en M. Criado de Val (ed.), *La Celestina y su contorno social*, Barcelona 1976, pp. 275-289.

Que comprendiese de ella
 Lo que a nadie comunica;
 Y tal poder tenía en todo,
 Que todo le obedecía 40
 Cuanto la tierra produce,
 Y el centro esconde en su sima.
 Al mar hacía no moverse,
 Cuando en ella combatían
 Los cuatro contrarios vientos, 45
 Y más fiero lo herían;
 Hacía temblar la tierra,
 Las plantas andar hacía,
 Al sol que no se moviese,
 Y verse acabado el día, 50
 Bajar el cielo a la luna
 A cuanto saber quería.

La consulta al oráculo que ha insertado Juan de la Cueva permite adelantar, según parece interesarle al autor, esa malvada avaricia de Tanaquil que luego el lector encontrará confirmada al final del romance, pues el nombramiento de Tarquinio como rey irá unido a la muerte que encontrará en su aventura. Sin revelarles esta parte del oráculo, la esposa de Lucumón traslada a su marido el resultado de su pérfida pesquisa y esto resulta ser, en el romance, lo que mueve a Tarquinio a marchar a Roma, a diferencia de la versión del historiador que, como hemos dicho, hacía al futuro rey único responsable, por su desmedida ambición (aunque azuzado por los delirios de grandeza de Tanaquil), de la partida al exilio³⁶. Además, para dotar de mayor dramatismo y efectividad al perfil que ha dibujado de la esposa de Lucumón, el autor del romance inserta en estilo directo la sibilina amonestación de Tanaquil a su esposo en la que le profetiza alcanzar el poder de Roma una vez muera el vigente rey, Anco Marcio (vv. 53-80):

Pues, estando un día Tanaquil
 Congojada y pensativa,
 Consultó al secreto hado 55
 Y alcanzó que se vería

³⁶ I 34,7: *Facile persuadet [Tanaquil] ut cupido honorum et cui tarquinii materna tantum patria esset.*

Reina de Roma, y Tarquino
 Su marido, el rey sería;
 Mas hallaba que a Tarquino,
 Le costaría la vida. 60
 Esto reservó a su pecho,
 Y de lo demás le avisa
 A su marido, diciendo
 Así, la gran profetisa:
 -La miseria que nos sigue, 65
 Hace ¡oh Tarquino! Que viva
 Cuidosa, y de este cuidado
 Solo un punto no desista;
 Y así buscando el remedio
 Que nos ha huido y priva 70
 La rigurosa fortuna,
 Por una consulta astrígera,
 Halla que tu serás rey
 De Roma, y su monarquía
 Poseerás por largos años 75
 En quietud libre y pacífica,
 Por la muerte del rey Anco,
 Que morirá en breves días:
 Ponte al momento en camino,
 Que importa ser rey tu ida.- 80

Asumido, pues, el carácter divino de la profecía que le ha revelado Tanaquil, el aturdido Tarquinio decide poner rumbo a Roma, según se nos informa en los vv. 81-92 con tanta brevedad como la que vemos en Livio³⁷:

Quedó Tarquino suspenso
 De oír lo que profetiza
 Tanaquil, y considera
 Que Febo en su pecho aspira,
 Y que no sin gran misterio 85
 Era aquello que adivina.
 En su saber confiado

³⁷ I 34,8: *Sublatis itaque rebus amigrant Romam.*

Al hecho se determina,
 Y puesto en camino al punto,
 Después de prolija vía 90
 Llegó a la gloriosa Roma,
 Que el rey Anco poseía.

Claramente deudor del texto del historiógrafo se muestra Juan de la Cueva en el relato del prodigio del águila una vez llegados a la ciudad, pues la asombrosa aparición del animal, robo del bonete de Lucumón y retorno del ave para cubrir de nuevo al etrusco, según lo refiere el poeta sevillano, toman como indudable punto de partida la descripción del prodigio que leemos en Livio (vv. 93-105)³⁸:

Y a la entrada de la puerta
 Sucedió una maravilla:
 Que un águila bajó a él, 95
 Y quitándole de encima
 El sombrero, se levanta
 Con él, y en alto subida,
 Remontándose en su vuelo,
 Ya que se perdía de vista, 100
 Volvió a bajar, y a ponelle
 El sombrero, que le había
 Quitado de la cabeza,
 No sin gran horror ni grima
 De Tarquino [...]

Del mismo modo, en la interpretación que Tanaquil hace del maravilloso suceso –especialmente en lo que se refiere al detalle último relativo al “coronamiento” del que habla Juan de la Cueva– impera el significado que en la historia de Livio entiende la esposa de Lucumón en su lectura del prodigio (vv. 105-114)³⁹:

³⁸ I 34,8: *Ad Ianiculum forte uentum erat. Ibi ei carpento sedenti cum uxore aquila suspensis demissa leniter alis pilleum aufert, superque carpentum cum magno clangore uolitans rursus uelut ministerio diuinitus missa capiti apte reponit: inde sublimis abiit.*

³⁹ I 34,9: *Accepisse id augurium laeta dicitur Tanaquil, perita ut uolgo Etrusci caelestium prodigiorum mulier. Excelsa et alta sperare complexa uirum iubet: eam alitem ea regione caeli et eius dei nuntiam uenisse; circa summum culmen hominis auspicium fecisse; leuasse humana manu superpositum capiti decus ut diuinitus eidem redderet.*

[...] mas Tanaquil 105
 Así le dice y anima:
 -Ya van mostrando los dioses
 El fin de mi profecía,
 Y te aparejan en Roma
 El cetro y la real silla, 110
 Pues el ave del gran Jove
 A coronarte se inclina,
 Porqu'el ponerte el sombrero
 Esto solo significa.-

Llegado ya a Roma –continúa el romance– tiene lugar la hospitalaria acogida de Tarquinio por parte del rey Anco. A partir de aquí la materia de Livio está sumamente resumida y se omite toda la información que el historiador da acerca de las aviesas intenciones del etrusco para hacerse con el poder, en especial, la artimaña, en su calidad de tutor, de alejar de Roma a los hijos de Anco para forzar unos comicios y salir él elegido, según se relata en I 35,1-2. Lacónica y asépticamente, obviando narrar las maniobras e intrigas que lo elevaron al trono y que Livio resalta con precisión⁴⁰, Juan de la Cueva sintetiza de este modo el ascenso al poder de Tarquinio (vv. 115-142):

Entrando Tarquino en Roma, 115
 El rey Anco, en su venida
 Mostró alegre sentimiento,
 Sus virtudes siendo oídas,
 Su valor y su prudencia,
 Su consejo y valentía; 120
 Y así lo metió en su casa
 Para lo qu'el hado urdía;
 Que no ha menester camino
 A quien el hado le guía.
 Tarquino con el rey Anco 125
 Favorecido vivía,
 Creciendo en amor y gracia

⁴⁰ I 35,2: *Isque primus et petisse ambitiose regnum et orationem dicitur habuisse ad conciliandos plebis animos compositam.*

Con él más, cuanto más iba.
 Estando así, la cruel parca
 Despojó al Rey de la vida, 130
 El cual señaló a Tarquino
 Por tutor y compañía
 De los hijos, que dejaba,
 No en edad, cual convenía
 Para entrar en el gobierno, 135
 Y romana monarquía;
 En la cual Tarquinio electo
 Tal modo tuvo y tal vía,
 Que fue nombrado por rey
 De Roma, y rey se decía: 140
 Y en este nombre y oficio
 En gran descanso vivía.

El final del romance supone otro gran salto en la biografía de Tarquinio, ya que el autor, que ignora –por claro desinterés para su propósito– todas las actuaciones llevadas a cabo por el nuevo rey (resumidas, acaso, en los versos “y en este nombre y oficio / en gran descanso vivía”), pasa desde este preciso momento de su nombramiento al de su muerte. Es claro que este hito en la vida de Tarquinio contaba con episodios cuyo interés –por otro lado, objetivamente manifiesto– no parecen haber llamado la atención del poeta. Todo lo contrario, el autor evita cualquier referencia, por ejemplo, al modo en que Tanaquil gestionó la agonía de su marido, herido mortalmente por los seguidores de los hijos de Anco, antes de que Servio Tulio fuera aclamado como nuevo rey y, asimismo, omite la narración, que ocupa un lugar destacado en el relato de Livio, del prodigio de la llama asociado a la vida del que será a la postre sucesor de Tarquinio. Rápidamente, pues, Juan de la Cueva pone fin al romance con la única puntualización, insinuada al comienzo de la composición como rasgo de la maldad con que el autor caracteriza al personaje de Tanaquil, de que al final se cumplió el vaticinio que había predicho que el etrusco Lucumón sería rey, pero que moriría por ello (vv. 143-156):

Reinó cuarenta y dos años,
 Y al cabo d'ellos, un día
 Los sucesores de Anco, 145
 Viendo su gran tiranía,
 Y que por él despojados

De su reino, padecían
 Necesidad, acordaron
 De quitalle el reino y vida: 150
 Y así le dieron la muerte
 Librando su patria y silla,
 Cumpliéndose de Tanaquil
 Su mujer, la profecía,
 Que sería rey de Roma, 155
 Y por ello moriría.

El ultraje del cadáver de Servio Tulio

El tercero de los romances de Juan de la Cueva, del mismo modo que ocurría con el relativo a Tulo Hostilio, se fija sólo en una porción de la historia que narra Livio acerca del reinado de Servio Tulio en I 42-48. En este caso, del relato historiográfico el poeta versiona únicamente parte de la información del capítulo 48 que se refiere más que al asesinato del rey de Roma, al ultraje de que fue víctima por parte de su propia hija. Parece obvio que el punto de interés que la materia histórica le proporcionaba residía exclusivamente en la escena de Tulia arrollando con su carro el cadáver de su padre⁴¹, como preclaro ejemplo de impiedad e injusticia, y no en el hecho mismo del crimen que cometió su yerno Tarquinio.

En la narración de Livio, pues, una vez que el historiador informa en I 48,1-4 de las circunstancias que llevaron al asesinato de Servio Tulio (según detalla el paduano, tal vez por consejo de su propia hija⁴²), se alude a cómo Tulia, tras darle, la primera, el título de rey a su marido y cuando ya se retiraba del foro en su carro, obligó al que la llevaba, enloquecida y fuera de sí, a arrollar el cuerpo yacente de Servio que se encontraba en el camino de vuelta a su casa. Ensangrentada ella misma y el vehículo, llevó parte de la sangre de su padre a los dioses penates, dando con ello funesto comienzo, según apunta Livio, a un reinado que acabó tan mal como había empezado.

⁴¹ Escena que también se recoge, aunque con mayor brevedad y lejanía de la fuente latina, en un romance anónimo del cancionero *Flor de enamorados* (recogido junto a éste de Juan de la Cueva en la edición de la BAE de A. Durán con el n° 518, pp. 352-353). También curiosamente, siglos más tarde, este mismo episodio contará con una recreación pictórica a cargo de Giuseppe Bartolomeo Chiari (1654-1727), conservada en la Burghley House Gallery del Lakewiew Museum de Peoria (Illinois), en la que puede verse la truculenta escena de Tulia haciendo pasar el carro conducido por ella misma sobre el cadáver de Servio Tulio.

⁴² I 48, 5: *Creditur, quia non ahorret a cetero scelere, admonitu Tulliae id factum.*

Juan de la Cueva, por su parte, comienza el romance a partir del momento en que Servio Tulio muere a instancias de su yerno Tarquinio⁴³, y lo hace poniendo el acento en la impiedad no tanto del crimen en sí (a lo que alude como acto de “codicia”), sino en la que consentía que el cuerpo del rey quedara insepulto en mitad de la calle y en la que representa la actitud de su hija. La noticia que nuestro autor da del suceso y la insistencia mostrada en remarcar exclamativamente el doloso comportamiento del criminal Tarquinio, asesino de un rey justo y virtuoso, resuenan con ese tono moralizante y didáctico acorde a las intenciones que, ya lo dijimos, se atisbaban en el romance sobre los Horacios y Curiacios y en su obra dramática anterior al *Coro febeo* (vv. 1-24):

Muerto dejaba Tarquino	
A su suegro Servio Tullo,	
Que la codicia del reino	
Al cruel hecho lo dispuso.	
Quedaba muerto en la calle	5
Sin que le diese ninguno,	
Por amor o reverencia,	
Al real cuerpo sepulcro.	
¡Duro y miserable caso!	
¡Caso miserable y duro,	10
Que pudiese la codicia	
Dar la muerte a un rey tan justo,	
Y con tanto abatimiento	
A quien tanta virtud tuvo!	
¡Oh desengaño, al engaño	15
De aqueste engañoso mundo!	
Claro y evidente ejemplo	
Que no hay estado seguro,	
Pues vemos al rey de Roma	
En una calle difunto,	20
Entre su sangre revuelto,	
Que ni su potencia pudo,	
Ni su piedad ni justicia	
Librallo del trance crudo.	

⁴³ En realidad, en el relato de Livio (I 48,3-7), Tarquinio arroja a su suegro escaleras abajo para echarlo de la curia. Malherido y casi exangüe, Servio Tulio será asesinado después por unos enviados de Tarquinio, que lo dejarán destrozado, eso sí, en mitad de la calle donde lo va a encontrar su hija Tulia cuando regrese en carro a su casa procedente del foro.

Pero la tensión dramática del episodio se redobla con la aparición en mitad de los acontecimientos de Tulia, la hija del rey. También en esta ocasión Juan de la Cueva reelabora la información que leemos en Livio y, sobre un motivo característicamente épico –el de la personificación de la fama⁴⁴– hace que las terribles circunstancias de la muerte de Servio Tulio lleguen a oídos de la mujer, a la que, igual que ocurría en la fuente latina (I 48,5: *Creditur... admonitu Tulliae id factum*), considera responsable última del crimen (vv. 25-32):

Tendió sus alas la fama	25
Sus lenguas prestando al vulgo;	
Esparcióse el caso horrible,	
Tan triste como fue injusto;	
Llegó la noticia a Tulia,	
Hija del rey Servio Tullo,	30
Mujer del que le dio muerte	
Siguiendo el acuerdo suyo.	

Llegados a este punto, el romance centra su atención en el cruento episodio del atropellamiento, con omisión de la escena de la aclamación de Tarquinio como rey que protagoniza Tulia en el foro y la orden dada por su marido para que se alejara de allí. En la recreación de Juan de la Cueva (que vuelve a cargar las tintas en la crueldad de la joven al sugerir, sin paralelo con Livio –de cuyo texto se deduce un encuentro casual de Tulia con los restos de Servio–, que era intención premeditada arrollar el cadáver de su padre, como parece indicar el verso “donde el cuerpo quedar supo”) se entrevé con claridad que el autor ha modulado su poema, amplificando los detalles más escabrosos e impactantes de la historia, a partir de los datos que suministra el paduano en su relato del fatal desenlace: así el camino de regreso a su casa a través del *uicus Cyprius*⁴⁵, o el espanto que se apodera del conductor del carro cuando ve a Servio yacente⁴⁶, o la locura de Tulia, poseída por las Furias, que la hace tomar las riendas del vehículo y pasar por encima del cuerpo

⁴⁴ Como de forma paradigmática lo encontramos formulado en Virgilio, *Eneida* IV 173-197 y, en dependencia suya, en Ovidio, *Met.* XII 39-63. Véase el panorama de la pervivencia del motivo –con referencia a la tradición épica europea– que traza I. Villalba de la Güida en su trabajo “Virgilio y Ovidio en las epopeyas españolas del siglo XIX: el episodio de la *Fama* (A. 4.173-197; *Met.* 12.39-63) en los últimos vestigios del género”, *Ágora. Estudios Clásicos em Debate* 11 (2009) 159-186.

⁴⁵ I 48,6: *...cum se domum reciperet peruenissetque ad summum Cyprium uicum...*

⁴⁶ I 48,6: *...restitit pauidus atque inhibuit frenos is qui iumenta agebat...*

del padre muerto hasta verlo desmembrado⁴⁷ para recoger, como último sacrilegio, la sangre que llevará a sus dioses lares (vv. 33-76)⁴⁸:

La cual llena de fiereza,	
Sobre un carro subió al punto,	
Y al barrio Ciprio encamina,	35
Donde el cuerpo quedar supo,	
Instigado el fiero pecho	
De las furias del profundo,	
Qu'el carro le apresuraban	
Al hecho infame y oscuro,	40
Que al mundo causó terror	
Y en crueldad fue sin segundo;	
Porque llegando a dó estaba	
El padre de alma desnudo,	
Cubierto de sangre y polvo,	45
Tendido en el suelo duro,	
Mandó al que guiaba el carro,	
Que por el cuerpo difunto	
Lo pasase: el cual movido	
A piedad, las riendas tuvo	50
Tirantes con ambas manos,	
Lleno de espanto y confuso;	
Y lastimado del hecho,	
A otra parte volvió el curso.	
Mas la inhumana mujer,	55
Que tal piedad le desplugo,	
Quiso del carro arrojallo,	
Y sobre el eje se puso	
Instigando los caballos,	
Que huyendo el fiero insulto	60
Se retiraban atrás	
Bufando; mas al fin pudo	
Más la violencia inhumana,	
Que la piedad de los brutos,	

⁴⁷ I 48,7: *...amens, agitantibus furiis sororis ac uiri, Tullia per patris corpus carpentum egisse fertur...*

⁴⁸ I 48,7: *...partemque sanguinis ac caedis paternae cruento uehiculo, contaminata ipsa respersaque, tulisse ad penates suos uirique sui...*

Que por encima del cuerpo	65
Una vez, y otra los trujo,	
Y con las herradas ruedas	
Despedazándolo anduvo,	
Hasta que miembro por miembro	
Todo desmembrado estuvo.	70
Luego que la cruel Tulia	
Satisfecha su ira tuvo,	
Se apeó y cogió la sangre,	
Y sin detenerse un punto	
A sus lares se la lleva	75
Y a su marido perjuro.	

La conclusión del romance, ilustrativa de lo narrado, ya no tiene en cuenta el cierre del episodio con que Tito Livio termina su relato (vv. 77-80)⁴⁹:

Dando ejemplo esta cruel hembra	
De ser la más cruel del mundo,	
Y que tan horrible ejemplo	
Fuese a las gentes oculto,	80

sino que, más bien, con ella Juan de la Cueva vuelve a resaltar el papel ejemplarizante y la lección moral, por vía inversa, que ofrece el iracundo comportamiento de una hija con su padre.

Parece, tanto en este romance como en los otros que hemos comentado, que al interés narrativo que el autor muestra en su recreación por estos fragmentos de la historia romana, y al margen del favor literario que concede a su fuente y modelo de exposición, esto es, a Livio, hay que añadir el provecho didáctico que Juan de la Cueva se afana en poner de manifiesto resaltando –bien en la conclusión de sus poemas bien en el desarrollo de los mismos– el valor paradigmático de los acontecimientos pasados, con el objeto, es probable, de que cobren significación y adquieran sentido en su momento presente.

⁴⁹ El autor latino, como señalamos al hacer la síntesis del episodio según lo narra Livio, concluía haciendo referencia al funesto comienzo de un reinado que iba a terminar de forma semejante (I 48,7): *...malo regni principio similes propediem exitus sequerentur.*

